

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 226

Mi hogar me aguarda. Me apresuraré a llegar a él.

Comentario de Sarah:

Hemos emprendido un viaje aparentemente largo por los senderos del mundo, buscando seguridad, paz, pertenencia, cuidado, aceptación, felicidad y amor. Es lo que asociamos con el hogar y la felicidad, como anhelamos que sea. Hemos hecho muchos sustitutos en este mundo para nuestro verdadero hogar, que es el Cielo. Nos desilusionamos cuando reconocemos que no tenemos ningún control sobre el mundo que hemos fabricado. Las cosas no han salido como esperábamos. Por mucho que busquemos en el mundo, **“sigues sintiéndote como un extraño aquí, procedente de algún lugar desconocido. No es algo tan concreto que puedas decir con certeza que eres un exiliado aquí. Es más bien un sentimiento persistente, no más que una leve punzada a veces, que en otras ocasiones apenas recuerdas, algo que descartas sin ningún miramiento, pero que sin duda ha de volver a rondarte otra vez”** (L.182.1.4-6)

¿Quién no ha añorado el hogar de su infancia, si es que lo percibió como un lugar de cobijo? **“Tal vez pienses que lo que quieres encontrar es el hogar de tu infancia. La infancia de tu cuerpo y el lugar que le dio cobijo son ahora recuerdos tan distorsionados que lo que guardas es simplemente una imagen de un pasado que nunca tuvo lugar. Mas en ti hay un Niño que anda buscando la casa de Su Padre, pues sabe que Él es un extraño aquí.”** (L.182.4.1-3) Al final, todos llegamos al lugar en el que las cosas del mundo ya no pueden cubrir esta profunda llamada al hogar, que está en todos nosotros.

“Existe el riesgo de pensar que la muerte te puede brindar paz porque el mundo equipara el cuerpo con el Ser que Dios creó. No obstante, una cosa jamás puede ser su propio opuesto. Y la muerte es lo opuesto a la paz porque es lo opuesto a la vida. Y la vida es paz. Despierta y olvida todos los pensamientos de muerte, y te darás cuenta de que ya gozas de la paz de Dios.” (T.27.VII.10.2-6) (No en ACIM OE)

La muerte no es lo que nos lleva a casa. El miedo a la muerte es uno de nuestros temores básicos. Jesús nos plantea estas preguntas: **“¿Qué verías si no tuvieses miedo de la muerte? ¿Qué sentirías y pensarías si la muerte no te atrajese?”**. (T.19.IV.D.1.1-2) (ACIM OE T.19.V.d.90) Nos dice que, aunque tememos la muerte, tenemos una atracción hacia ella, que vemos como una solución final. Lo que tememos es también lo que nos atrae; pero, no podemos morir. Nuestra atracción por la muerte proviene de la creencia de que hemos pecado. El pecado requiere castigo. La sentencia de muerte se convierte en nuestro castigo final determinado por el ego. Es lo que creemos que merecemos por lo que aparentemente hemos hecho a Dios. La muerte es la prueba que da el ego de que la separación es real y de que no somos eternos. Parece bastante

convinciente y es una brillante defensa establecida por el ego para probar la existencia del yo separado como un cuerpo que puede morir.

La verdad es que no podemos morir. Somos eternos. La muerte no existe. Nada de la historia del ego es cierto. Ahora podemos elegir descartarla aceptando la verdad de lo que somos. Nuestra realidad no es un cuerpo y el fin del cuerpo no es el fin de lo que somos como Hijo de Dios. Nuestra realidad es una mente y las mentes no mueren. Fuimos creados eternos. La vida no se acaba. Cuando hacemos real la separación, también creemos en la realidad del ego y de la muerte. Esencialmente sólo hay una muerte, y es la muerte del ego. Sin embargo, todo lo que el ego es, es miedo y **“El miedo no es nada realmente y el amor lo es todo.”** (T.2.VII.5.3) (ACIM OE T.2.V.99)

“Observa cómo la creencia en la muerte parece "salvarte". Pues si ésta desapareciese, ¿a qué le podrías temer, sino a la vida? La atracción de la muerte es lo que hace que la vida parezca ser algo feo, cruel y tiránico. Tu miedo a la muerte no es mayor que el que le tienes al ego. Ambos son los amigos que tú has elegido, ya que en tu secreta alianza con ellos has acordado no permitir que jamás se revoque el temor a Dios, de modo que pudieses contemplar la faz de Cristo y unirte a Él en Su Padre.” (T.19.IV.D.4.1-6) (ACIM OE T.V.d.93)

“Cada obstáculo que la paz debe superar se salva de la misma manera: el miedo que lo originó cede ante el amor que se encuentra detrás, y así desaparece el miedo. Y lo mismo ocurre con este último obstáculo.” (T.19.IV.D.5.1-2) (ACIM OE T.V.d.94)

En realidad, nunca hemos podido lograr la separación de Dios o de nuestra propia realidad como Hijo eterno de Dios. Todo lo que se ha logrado es nuestra creencia de que hemos dejado a Dios. Pero no hay ningún castigo. Somos completamente amados ahora y para siempre. Cuando el miedo a Dios desaparece, llegamos a saber que sólo hay vida y que ésta nunca puede terminar. Jesús dice que es la atracción por la muerte lo que hace que la vida **“parezca ser algo feo, cruel y tiránico.”** (T.19.IV.D.4.3) (ACIM OE T.V.d.93) Ciertamente, es lo que experimentamos, ya que todas las cosas aquí llegan a su fin.

Nuestra atracción por la muerte es la atracción por nuestra identidad separada. La muerte es una defensa contra la verdad, y a medida que las defensas se deshacen lentamente, llegamos a la defensa final que es la muerte. Debemos ver esta atracción por la muerte para poder ver qué es lo que estamos eligiendo inconscientemente. Cuando vemos cómo la decisión por la muerte guía nuestras vidas, podemos hacer una elección por la vida que no tiene su opuesto en la muerte. La vida no tiene nada que ver con el cuerpo, que no existe.

La elección que hacemos en favor de la vida es una decisión que se toma en cada momento. Por ejemplo, esta mañana me he levantado sintiéndome incómoda y molesta. Estos sentimientos reflejan la separación del amor. Son una forma de muerte, que mata la alegría en mí, que es mi estado natural. Aferrarse a los malestares es otra forma de aferrarse a la muerte, pero tenemos una opción. Podemos indagar en estos sentimientos que estamos albergando, mirando los pensamientos y creencias que cubren. ¿A quién culpamos por cómo nos sentimos? ¿Qué creemos que podemos conseguir por tener razón sobre cómo vemos la situación o a nosotros mismos? A continuación, podemos dar un paso más y observar nuestro deseo más profundo. ¿Deseo la separación o sentir la alegría y la paz en mí? ¿Cuál es la verdad? Puedo elegir pedir ayuda para liberar estos sentimientos, de modo que se me revele el amor que soy. Consentir los sentimientos de angustia es seguir eligiendo alinearse con el ego.

Lo que nos lleva a casa es el deseo de recordar la verdad sobre nosotros mismos. Esto hace que nuestras vidas tengan un propósito y un sentido. El propósito del ego es mantenernos invertidos en el sueño. Su objetivo es mantenerse a sí mismo mientras mata al anfitrión. En otras palabras, el ego trata de la crucifixión del Hijo de Dios. Nuestra alegría sólo puede llegar con la resurrección. Cuando veamos lo que el ego está tramando, naturalmente elegiremos en contra de él y nos alinearemos con la verdad.

El mundo que vemos no es un lugar en el que nos sintamos como en casa o encontremos la paz y la alegría que anhelamos desesperadamente; pero cuando cambiamos nuestro propósito y utilizamos el tiempo para la curación y el perdón, nos liberamos del infierno que hemos inventado, y experimentamos la verdadera alegría, la paz y el amor, que siempre están ahí, esperando nuestra aceptación. Es una experiencia del mundo real. Como nos recuerda Jesús: **“Cuando tu paz mental se ve amenazada por algo, pregúntate, “¿Ha cambiado Dios de parecer con respecto a mí?”**” (T.10.IN.3.9) (ACIM OE T.9.VIII.62) Somos nosotros los que seguimos cambiando de parecer sobre Dios. Cuando enfrentamos desafíos, pérdidas y enfermedades, nos preguntamos ¿cómo puede Dios hacernos esto? ¿Por qué permite que esto ocurra? Perdemos la confianza y, cuando lo hacemos, tendemos a desarrollar nuestras propias estrategias para evitar que la situación se repita. Son estrategias para protegernos del dolor, pero estas estrategias sólo pueden tener efectos temporales. Nunca funcionarán para deshacer el origen del problema. El amor de Dios sigue ahí, aunque no se experimenta cuando elegimos alinearnos con el ego. El Cielo es nuestro cuando nos volvemos hacia la luz y confiamos en Su gracia.

Jesús habla de la resurrección como el despertar del sueño de muerte, un proceso que ocurre en la mente, no en el cuerpo, ya que es la mente la única que duerme. Jesús le da a Helen una explicación de lo que ocurrió en su resurrección en "Ausencia de Felicidad", escrito por Ken Wapnick.

"Este es el mensaje de la crucifixión: No hay grados de dificultad en los milagros. Este es el mensaje de la resurrección: Las ilusiones son ilusiones. La verdad es verdadera. Las ilusiones se desvanecen. Sólo la verdad permanece. Estas lecciones no necesitaban ser enseñadas más que una vez, porque cuando la piedra de la muerte es removida, ¿qué puede verse sino una tumba vacía? Y eso es lo que veis los que me seguís a la luz del sol y os alejáis de la muerte, más allá de todas las ilusiones, hasta la puerta del Cielo, donde Dios vendrá en Persona a llevaros a casa". Nos recuerda que la muerte es la última ilusión que hay que superar.

Es un recordatorio conmovedor de que la muerte no existe. Jesús nos pregunta: **“¿No es acaso una locura pensar que la vida no es otra cosa que nacer, envejecer, perder vitalidad y finalmente morir?”** (Manual para el Maestro.27.1.2) Aquí sí pensamos así sobre nuestra vida. Parece obvio, ya que parece ser una certeza en este mundo. Sin embargo, Jesús dice que tenemos que considerar esta creencia con cuidado y ponerla en duda. Nos dice que esto no es lo que un Creador benigno tiene reservado para nosotros, o no seríamos capaces de verlo como amoroso. Si pensáramos que Dios decretó que **“todas las cosas mueran y acaben en polvo, desilusión y desesperanza, no puede sino inspirar temor”** (M.27.2.2), ciertamente tendríamos motivos para temerle. Si, en efecto, **“Tu insignificante vida está en sus manos, suspendida de un hilo que él está listo para cortar sin ningún remordimiento y sin que le importe,”** (M.27.2.3) no podríamos amarlo. En definitiva, **“Allí donde hay muerte es imposible la paz.”** (M.27.2.8)

Dios no creó los cuerpos. Si lo hubiera hecho, la muerte sería real. Nos creó como una Mente pura y amorosa. El cuerpo es una proyección de la mente que se separó de Dios. **“El último enemigo destruido será la muerte.”** (M.27.6.1) Jesús lo demostró en su propio ejemplo de la crucifixión. **“Las inconsistencias, las transigencias y los ritos que el mundo fomenta en sus vanos intentos de aferrarse a la muerte y al mismo tiempo pensar que el amor es real, no son más que necios trucos mágicos que no tienen sentido ni eficacia.”** (M.27.6.9) Dios sólo creó lo eterno. Sí, la forma parece cambiar y las personas que amamos parecen abandonarnos, pero es sólo un aspecto de este sueño. Cuando despertemos del sueño, sabremos que no ha pasado nada. Todo era un sueño.

Nuestra parte es ahora perdonar nuestras percepciones erróneas. Nuestros pensamientos que no perdonan refuerzan la separación y los sentimientos de soledad en el mundo. Al entrar en el momento presente, en el instante santo, llegamos a la presencia del Amor. Nuestro Padre espera nuestro regreso y nos recibe con los brazos abiertos. Somos como el Hijo Pródigo, que teme ser castigado por haber malgastado el tesoro de su Padre, pero el Padre le asegura a su regreso que él siempre ha sido su tesoro, y que nada de lo que hiciera podría cambiarlo.

“Mi hogar me aguarda. Me apresuraré a llegar a él”. (L.226) La rapidez con la que regresamos depende de la intensidad con la que deseamos saber quiénes somos. Se trata de la fuerza de nuestro deseo. Se trata de cuánto apego tenemos todavía cuando damos valor a nuestros objetivos y planes. En la película "Primavera, verano, otoño, invierno" "Spring, Summer, Fall, Winter" me llamó la atención el hecho de que incluso con la simplicidad de la vida, con significativamente pocas distracciones y pocas posesiones materiales, la lucha humana sigue siendo la misma para todos nosotros. Tenemos aspiraciones, anhelos, necesidades y deseos que venimos a experimentar al mundo. Aquello a lo que todavía le damos valor nos aferra a esta ilusión. No estaríamos aquí en este mundo ilusorio sin este deseo de experiencia. Y haremos lo que vinimos a hacer hasta que lleguemos al final de nuestras búsquedas, hayamos sufrido suficiente dolor y nos hayamos dado cuenta de que no hemos estado persiguiendo nada de valor.

Ahora se trata de nuestro propósito de despertar de este sueño. Hoy nos recordamos a nosotros mismos: **“Padre, mi hogar aguarda mi feliz retorno. Tus Brazos están abiertos y oigo Tu Voz. ¿Qué necesidad tengo de prolongar mi estadía en un lugar de vanos deseos y de sueños frustrados cuando con tanta facilidad puedo alcanzar el Cielo?”** (L.226.2.1-3) Al Cielo no se llega mediante la muerte, sino mediante la conciencia de la verdad.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca